

EB.

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 369

50. cts.



SANGRE  
ESCOCESA

por  
Lillian Gish  
Norman Kerry

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca  
de Catalunya



**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**  
EDICIONES BISTAGNE

Redacción PASAJE DE LA PAZ, 10 bis  
Administración Teléfono 18551

Año VII BARCELONA N.º 369

---

**SANGRE ESCOCESA**

(ANNIE LAURIE, 1927)  
Grandiosa producción dramática interpretada por

LILLIAN GISH y NORMAN KERRY

1 CREIGHTON HALE

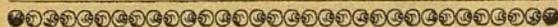
Producción

**Metro - Goldwyn - Mayer**

DISTRIBUIDA POR  
**METRO - GOLDWYN - MAYER**  
**IBÉRICA, S. A.**  
MALLORCA, 220 — BARCELONA

---

Con esta novela se regala la fotografía de  
FRANCES HOWARD



## SANGRE ESCOCESA

### Argumento de la película

En las montañas escocesas han resonado canciones más bellas que la de Annie Laurie, pero ninguna tiene la ingenua ternura y la dulce tristeza de esta vieja historia de amor.

Esta leyenda ha sido forjada en la página más sangrienta de la historial feudal de Escocia: la destrucción del castillo de Glencoe por los guerreros de la familia de Campbell.

\*

\*\*

Las campanas de Glencoe tocaban a muerto.

El fanal de socorro que se erguía en un picacho mandaba sus llamas al cielo llamando a las armas a los montañeses del contorno.

En el amplio corredor del castillo se arremolinó, llena de emoción, la gente del lugar ávida de conocer las causas del toque fúnebre.

Unos montañeses armados entraron en el comedor conduciendo en unas parihuelas a uno de sus compañeros, sin vida.

¿Quién le había matado?

El jefe de la fortaleza, el viejo y valeroso MacDonald, rugió, rojos de ira sus ojos:

—¡La mano maldita de un Campbell!

Sobre el muerto se halló el siguiente papel manuscrito:

*Para MacDonald, el viejo lobo de Glencoe y sus cachorros:*

*Cada vez que uno de vuestros hombres sea encontrado en nuestras tierras, nuestras espadas repetirán lo hecho ahora.*

*Campbell*

El viejo MacDonald crispó los puños y dijo a un gallardo mozo que se hallaba a su vera contemplando al muerto, a cuyo cuerpo se había abrazado la pobre esposa:

—¡Yan MacDonald, demuestra a esos traidores que los cachorros del viejo lobo saben vengar a los suyos!

Yan animó a la venganza a todos los presentes y levantando un brazo armado de un cuchillo, exclamó:

—¡Un Campbell por cada MacDonald!

Todos a una juraron desquitarse, y, con Yan a la cabeza, se dirigieron hacia el castillo de los Campbell, nobles arrogantes y sedientos de grandeza.

Contrastando con la ira y el dolor que agitaba a los montañeses de Glencoe, hombres sencillos y de gran corazón, en el majestuoso castillo de los opulentos rivales se celebraban extraordinarias fiestas.

Suspiraban las gaitas melancólicas y los campesinos se alborozaban con sus baladas y sus bailes montañeses.

A las fiestas habían sido invitados por el jefe de los Campbell, sir Roberto Laurie y su primorosa hija Annie.

El orgulloso Campbell tenía dos hijos: Nita y Donald, tan humilde y hermosa aquélla como insignificante, afeminado y pedante éste.

Nita era la mejor amiga de Annie y ésta agradecía en el alma y correspondía con ella al afecto de la modesta Campbell, tan distinta

a sus parientes, soberbios y desconsiderados.

Nita, de sobremesa, dijo a Annie, mirando hacia Donald, que se dejaba contemplar como una señorita:



—¡Yan MacDonald, demuestra a esos traidores que los cachorros del viejo lobo saben vengar a los suyos!

—¿Por qué no te casas con mi hermano Donald y vives siempre aquí, Annie querida?

—Si pudiéramos vivir siempre juntas..., pe-

ro luego tú te casas con alguno de familia extraña... y me dejas a Donaldo en las manos.

—¿No te parece buen mozo?

—Sí... y él también se lo cree.

—Es su carácter.

Los padres — sir Roberto y el viejo Campbell — observaron a las dos jóvenes y dijo el primero a Donaldo, que sonreía estúpidamente:

—Donaldo, lo que su padre y yo estamos viendo nos llena de satisfacción. Armese de valor y aborde el asunto.

Annie se hallaba ocupada en aquellos momentos en demostrar a Nita cómo se logra saber cuándo encontrará novio una soltera. En una copa llena de agua echó un huevo fresco y, agitándolo, manifestó a su amiga:

—Ahora dices: “Yo soy Nita Campbell y deseo saber cuándo me encontraré con mi futuro marido”.

Donaldo se acercó a las dos muchachas, y presentándose ante ellas bruscamente, provocó un movimiento de estupor en Annie, a consecuencia del cual ésta volcó la copa en que hacía el pueril experimento.

Y dijo Annie, viendo el agua bañando una parte de la mesa:

—¡Allá va el esposo de Nita!

Un poco antes, Yan y su hermano, que era un poco más joven, pero tan valeroso como él, llegaron al pie del castillo de los altiños y odiados Campbell, y para alcanzar antes la meta donde hallarían la codiciada venganza, el hermano, con algunos hombres atravesó a nado el río que se deslizaba junto a la fortaleza, en el preciso instante en que Annie decía a Nita, observando cómo se mezclaba el huevo con el agua en el vaso, antes — claro está — de que éste fuese derribado:

—Un valiente y fuerte escocés cruzará el agua y vendrá hacia tí.

¿Sería, pues, el hermano de Yan el hombre que el destino reservaba para Nita?

Yan, por su lado, entraba en el dominio de los Campbell por el otro lado, con otros hombres, a fin de no llamar la atención haciéndolo todos juntos por un solo punto.

Mientras los montañeses MacDonald buscaban su venganza rodeando el castillo, Annie y Nita salieron a pasear por sus espléndidos jar-

dines, y la primera preguntó al espejo que formaban las claras aguas de un estanque:

—¡Muéstrame, oh vieja luna que sabes los secretos de los hombres, quién ha de ser el dueño de mi corazón!

Casualmente, como respondiendo a la invocación, en las aguas se reflejó Yan montado a caballo y que se hallaba sobre una loma.

Fué sólo un momento, pero la rápida visión dejó atónita a la linda romántica.

¡Qué apuesto mozo!

¿Sería él, en verdad, el elegido para su corazón?

Poco después Yan entraba en la sala de fiestas del castillo, y derribando mortalmente a un guerrero a los pies del trono que ocupaban los dos Campbell y el invitado de honor sir Roberto, dijo, desafiando a todos:

—¡Un Campbell por cada MacDonald!

Y huyó presto, sin que nadie pudiese reaccionar a tiempo de darle alcance.

El hermano de Yan sorprendía a Nita en el jardín, un tanto separada de Annie, que seguía consultando la transparente linfa, y, maravi-

llado ante su hermosura, la amordazó con una mano y obligóla a ir con él.

Annie vió el rapto y trató de inpedirlo pidiendo a gritos ayuda.

Pero el socorro llegó tarde, y los Campbell y sir Ricardo quedaron paralizados por el estupor al enterarse que Nita había sido raptada por los MacDonald.

Durante varias semanas prosiguieron las luchas encarnizadas, pero finalmente se impuso una tregua para negociar la paz.

Los dos bandos se enfrentaron con sus respectivos jefes a la cabeza, y los Campbell y Annie, quien, con su padre, había querido asistir a la importante conferencia, vieron a Nita en el otro campo.

El viejo Campbell dijo a su hija:

—¡Nita, deja esa gente y vuelve con nosotros!

Pero por toda respuesta Nita se abrazó al hermano de Yan.

Entonces Annie, acercándose al límite del campo de los Campbell, pues las dos partes enemigas estaban separadas por una hilera de piedras amontonadas, dijo a Nita, que no ti-

tubeó en reunirsele para abrazarla de todo corazón:

—¿Ya olvidaste el amor de tu viejo padre y la devoción de tus familiares? ¿Es posible que nos abandones por esos salvajes montañeses?

Nita, llena de fe, repuso:

—La gente de MacDonald es la mía. ¡El hijo menor del noble montañés es mi amado! ¡Me raptó por amor, y por amor soy suya!

El viejo Campbell, adelantándose hacia el campo contrario, rugió, como un demente furioso:

—¡Maldita seas! ¡Que tus huesos no descansen en tierra sagrada, que tu alma se pierda en el infierno y el primer hijo de tu sangre te traiga el desastre y la muerte!

Horrorizada por el anatema Nita se abrazó temblorosa a su amor, y Annie, compadecida de su buena amiga, rogó fervorosamente por la ineficacia de la maldición paterna.

Y tampoco aquella vez fué posible un arreglo entre las partes discordantes.

La guerra sin cuartel existente entre los Campbell y los MacDonald tenía un oasis de paz en la mansión de sir Roberto Laurie, enclavada entre los dominios de ambos nobles.

El rey había convocado a los jefes para discutir la paz, y Annie Laurie estaba muy atareada con los preparativos del banquete.

Donald Campbell se hallaba ya en el castillo de los Laurie y galanteaba como un ridículo trovador a Annie, sin lograr, a pesar de sus esfuerzos, interesar su corazón virgen.

Aunque por su tipo de muñeca frágil parecía que Annie se enamoraría de Donald, éste no le resultaba ni un ápice interesante y sus finas maneras de Londres le crispaban los nervios, por encontrarlas fingidas, desprovistas de esa encantadora rudeza del hombre.

Para que no la molestase más mientras lo vigilaba todo en la cocina para que no faltase nada en el gran banquete, Annie dió un bofetón a Donald, y éste, por mucho que el golpe hubiese querido ser cariñoso, se dolió de él y dijo a la damita por quien suspiraba:

—¡Admito que no le gusten a usted las suaves maneras que se estilan en Londres, pero el cielo me proteja a mí de sus “suaves” maneras de Escocia, Annie!

Sir Roberto tenía un fiel servidor en el viejo Sandy, prototipo del escocés, cuya simpatía toda, en medio de la neutralidad de la casa de los Laurie, se inclinaba hacia los montañeses, sus hermanos.

Los Campbell le resultaban “intragables” y sufriría el mayor desencanto si viera algún día unirse en matrimonio a Annie y Donald.

La indiferencia que la preciosa criatura demostraba al pedante Campbell regocijaba a Sandy, quien de buena gana hubiese estrechado contra su corazón a Annie cada vez que daba un chasco al imbécil pretendiente.

Los nobles que debían pactar la paz iban llegando.

La aparición de los Campbell, con todo su soberbio aparato, produjo sensación.

Cuando el viejo Campbell y sir Roberto se hubieron saludado, dijo Annie, pensando en los más feroces enemigos de los recién llegados:

—Padre, ¿dónde alojaremos a los MacDonald? Nadie querrá tenerlos.

Donaldo repuso:

—Que acampen fuera esos montañeses incultos. Ya están habituados a dormir sobre las piedras.

Sandy, reprimiendo en sus labios una frase hiriente para el idiota, dijo a Annie:

—Y tú, será mejor que ocultes esa cara.

¿Por qué decía eso el viejo montañés?

—Para los hombres indómitos y bravos es el amor de las mujeres — añadió Sandy.

Los Campbell se violentaron ante la ofensa y empuñaron la cruz de sus espadas.

Annie intervino en la cuestión y tranquilizó a los orgullosos nobles, asegurando que Sandy no había querido ni remotamente enojarles.

Pero cuando quedó a solas con Sandy, Annie le dirigió reproches por su atrevida frase.

—Es una locura arriesgar la vida por una broma tan ligera.

—¡Bah! Cada cual tiene en este mundo lo que se merece.

Annie enmudeció durante unos momentos, y Sandy la arrancó a sus meditaciones y le preguntó:

—¿En qué estás pensando, Annie... si se puede saber?

Ella dió un suspiro y contestó:

—Pensaba en si Anita volverá algún día con nosotros.

Sandy le hizo un picaresco guiño y repitió su aseveración de antes:

—Para los hombres indómitos y bravos es el amor de las mujeres.

Fueron llegando los nobles, con sus guerreros, que debían tomar parte en la asamblea donde se debatiría la paz para todos.

Los últimos en acudir a la reunión fueron los MacDonald.

Los Campbell, siempre dispuestos a zaherirlos, les dijeron, por boca de uno de los soldados.

—¡Cobardes! ¿No podéis tener mujer sino robándola!

Se referían a Nita, que no se apartaba ni un momento de su esposo, el hermano de Yan.

Los MacDonald replicaron así:

—Y vosotros, ¿no podéis guardarlas cuando las tenéis?

Donaldo Campbell, que presenciara, en compañía de Annie, la llegada de los montañeses, gritó desde la balaustrada del castillo:

—Callen sus lenguas o les hago yo callar. Los montañeses echaron mano de sus cuchillos.



—*Para los hombres indómitos y bravos es el amor de las mujeres.*

Ilos prontos a defenderse, pero Yan les dió una voz indiscutible:

—¡Quietos los cuchillos!

Y añadió, contemplando por innumerable vez

a Annie, cuya hermosura y fragilidad habíanle interesado profundamente:

—Según creo hemos venido aquí para hacer la paz, mis alegres amigos, no para empezar otra guerra.

Los montañeses enfundaron de nuevo sus cuchillos y los dos bandos se calmaron, obedeciendo a sus respectivos jefes.

Annie no podía resistir el deseo de mirar a Yan, recordando haberle visto cuando en el jardín del castillo de los Campbell preguntara al espejo líquido del estanque quién sería su amado, pero apartaba de él presto su vista al cruzarse con la suya.

Donaldo pasaba un mal rato viendo el juego de Annie, y el apuesto montañés se complacía en hacerle rabiar sonriendo abiertamente a la linda damita.

Un poco después Annie vió a Nita, a través de las rejas de la puerta del castillo, cerrada para los montañeses, que deberían instalarse en el campo, y, alegrándose mutuamente de volverse a ver, así hablaron:

—¡Cuánto te echaba de menos, Nita! ¿Eres dichosa?

—¡No puedo serlo más, Annie! Mi marido es el hombre más noble de la tierra.

—Quiero hablar contigo y te aseguro que iré a visitarte esta noche en vuestro campamento. Envía a alguien por mí.

Cuando llegó la noche Annie salió subrepticiamente del castillo y una vez fuera buscó con la mirada al guía que le había mandado Nita.

No encontró a nadie, pero de pronto se volvió y encontróse frente a frente con Yan.

—¿Usted? — dijo, atragantándose.

—Venga conmigo — le respondió él con rudeza.

Ella le observó unos instantes de arriba abajo, sin decidirse, y él le preguntó:

—¿Qué mira?

—No... me parece que no voy — pudo añadir.

—Haga lo que quiera, pero decida pronto.

Y se alejó de ella lentamente.

Annie, sorprendida de la rudeza de Yan, vaciló. Le temía... y no le temía... quería seguirle... y no quería seguirle.

¿Qué le pasaba a su corazón?

Yan iba alejándose, y al fin Annie resolvió dejarse acompañar por él, pero el montañés no acertó lo más mínimo la distancia que los separaba.



—¿Qué mira?

Al llegar a la orilla de un arroyo Yan no reparó en vadearlo mojándose los pies y parte de las piernas, pero Annie, vestida con galas de

salón, se detuvo y le llamó para que no siguiera adelante.

—¿Que ocurre? — inquirió Yan, acercándosele.

—No puedo pasar por aquí sin riesgo de echar a perder mis zapatos... — dijo ella.

La cosa tenía fácil arreglo, y sin hacer caso de sus protestas Yan la cogió por las piernas y la cargó sobre su hombro izquierdo.

¿Qué maneras eran aquellas?

¿Quién le había autorizado a cogerla como una muñeca... o como un fardo?

Pero el caso era que sus zapatitos estaban intactos gracias a él y no podía menos de reconocerlo.

Cuando hubieron atravesado el arroyo Yan la depositó en tierra y en silencio continuaron el camino hacia el campamento.

Al llegar al mismo se dirigieron a una casita de campesinos, donde se alojaba Nita, y el gallardo mozo dijo, en la puerta de esa vivienda, a Annie:

—Si viviera usted aquí no tendría que envidiar la felicidad a ningún hombre.

Annie hizo un mohín, que quería ser de des-

dén, y cuando Nita acudió a recibirla, Yan fué a reunirse con los soldados acampados en pleno campo.

Las dos buenas amigas conversaron afectuosamente, y Annie regaló a Nita el abrigo de seda que se pusiera al salir del castillo y que a ésta le había gustado mucho.

Nita no quería privar de la prenda de abrigo a Annie, mas ésta insistió en que se lo quedase.

—Gracias, pues, Annie — le dijo—. Esto me hará recordarte más, cuando esté muy lejos, allá en Glencoe...

—¿De modo que no piensas volver con los tuyos?

—No, Annie, no...

—¿Cómo has podido olvidarte de tu casa, de tu familia y de mí? ¿Qué influencia tienen sobre ti?

—¡Oh, Annie! Cuando te enamores seguirás a tu amor, y su gente y su vida serán las tuyas. Y ahora... no me pertenezco ni a mí misma...

—¿Cómo?...

—Sí, Annie... Voy a ser madre...

—¡Mi pobrecita Nita!

Siguieron hablando, no ocupándose ya más que del tesoro que se anunciaba, y cuando llegó la hora de separarse, para regresar Annie al castillo, lo hicieron con mucho pesar. ¡Ellas que desearon siempre vivir juntas!

Yan, reunido con sus guerreros, se libraba a ejercicios atléticos, divirtiéndose con juvenil entusiasmo, pero no le supo mal dejar la diversión por el placer de acompañar a Annie al castillo.



—¡Mi pobrecita Nita!

Durante el camino de vuelta no cambiaron más palabras que en el de ida, pero — detalle importante — al llegar a la margen del riachuelo fué Annie quien rogó a Yan que la llevase en sus brazos.



*...y acuciado por el tibio perfume...*

Yan lo hizo de mil amores, y acuciado por el tibio perfume que emanaba de la gentil damita, no pudo resistir el imperioso anhelo de besarle los labios.

La caricia llevó el desconcierto al alma de Annie, pero aparentemente se mostró enojadísima y saltando a tierra separóse de Yan, prohibiéndole que la siguiese acompañando.

Al pie de la ventana del castillo que correspondía a la habitación de Annie, Donaldo cantaba trovas dedicadas a ella, pero la dama de sus pensamientos no dió señales de vida... porque no estaba en la fortaleza... hasta que el galán se disponía a marcharse.

—¡Eh, Donaldo! — le llamó.

—¡Oh, Annie! ¿Estaba usted ahí? — dijo él, maravillado.

Y Annie, pensando en Yan, que seguía en meditación sentado en una piedra del arroyo, gritó a Donaldo:

—¡Más alto, más alto!

Y, sin sospecharlo, Donaldo se prestó a ayudar a Annie a dar celos a Yan.

¿Le quería, pues?



Mientras los jefes discutían los términos de la paz, sus guerreros se entretenían en juegos de fuerza y habilidad.

Annie no se preocupaba de los juegos... ni de Donald, que no se apartaba de su lado, sino de encontrar a Yan.

Al fin le vió y su corazón dió un brinco en su pecho.

Yan le sonrió, y el viejo Sandy, que contemplaba, como Satán, ese juego, se reía una barbaridad. ¡Donald se iba a quedar sin novia!

En la sala donde se celebraba la importante asamblea, MacDonald expresó en estos términos con Campbell:

—Durante largo tiempo habéis entrado a saco en nuestras propiedades, y no firmaré la paz mientras no nos sean reintegradas las tierras y el castillo que me habéis usurpado.

Campbell repuso, inflexible:

—No mermaremos en nada nuestro patrimonio. El rey os ha concedido de plazo hasta fin de año, para decidiros a firmar la paz.

—El sol secará la última gota de los MacDonald antes que aceptar esas condiciones.

Y el viejo lobo de Glencoe marchó indignado, ordenando a sus hombres que se avisasen unos a otros para regresar al monte sin demora.

Sir Roberto, extrañado de la actitud de Campbell, dijo a éste:

—¿Por qué no le dijisteis que el rey estaba dispuesto a devolverle sus tierras y el castillo?

Campbell, astuto y cruel, replicó:

—Porque si rehusa firmar la paz con el rey podré vencerle rápidamente con ayuda de las tropas reales.

Mientras los montañeses se preparaban para emprender inmediatamente el regreso al monte, Yan y Annie, atraídos poderosamente por

la fuerza divina que embellece el mundo, se paseaban por los alrededores del castillo, habiendo logrado burlar la vigilancia de Donald, quien se lanzó, apenas se dió cuenta de la desaparición de Annie, en su busca, con numeroso séquito, bien armado.

Yan, mientras galanteaba a Annie, recibió la orden de reunirse con los montañeses, pues iban a partir; y entonces él le dijo, con ternura:

—No he tenido tiempo para conquistar por completo tu amor, pero yo te amo y quiero llevarte conmigo.

Ella, rendida, se dejó abrazar, y Yan murmuró:

—Annie, cuando te estrecho entre mis brazos me siento el hombre más poderoso de la tierra. Y no tengas miedo de mirarme, amor mío... Deja que por tus ojos salga el amor que hay en tu corazón. Yo te daré por hogar seductor mis montañas... el hogar de mi gente. ¡Tú eres mía!

En tal momento apareció Donald con sus guerreros. ¡Ah, maldito montañés!

Al verle, Yan dijo a Annie, deseando dar una

lección a su odiado enemigo, delante de todos:

—Diles que me amas. Diles que te vas con tu esposo a Glencoe.

Annie parecía no oírle.

—No te acobardes, Annie. El amor es valiente cuando es verdadero, y de un amor así no debe avergonzarse ninguna mujer.

Yan estaba convencido de que Annie escucharía la voz de su corazón, pero no fué así... y, con inmenso dolor, la vió alejarse lentamente, como bajo el peso del remordimiento, camino del castillo.



Annie se había separado unos pasos. Parecía que, a pesar de las palabras alentadoras de Yan, no se atrevía a confesar aquel amor que había llenado todo su corazón. La presencia de las gentes de Campbell la acobardaban; volvía a ser la débil mujercita, asustada ante los hombres de guerra.

Aprovechando aquel estado de ánimo, Donald Campbell, mirando a sus soldados, les dijo con un odio feroz que enrojecía sus ojos:

—Le enseñaremos a este jabalí cómo debe tratarse a una Campbell.

A una orden suya se lanzaron contra Yan, acorralándole.

Los soldados desenvainaron sus espadas, y colocándose en dos hileras las alzaron sobre

sus cabezas, formando puente con los aceros entrelazados...

—Podrás marcharte de aquí — rugió Donald Campbell—, pero antes te daremos tu merecido.

Algunos de aquellos secuaces le empujaron rudamente hacia el puente que habían formado sus compañeros. El joven no osó defenderse. Arrogante, con la cabeza erguida y viril, pasó por debajo de las brillantes espadas.

Entonces ocurrió lo inaudito, fiel reflejo del odio mortal que separaba a los dos bandos.

Yan fué azotado de modo cruel por los aceros. Pegaban de canto, abriendo verdaderos tajos en el cuerpo del muchacho. Continuos espaldarazos caían brutalmente sobre Yan, cuyas carnes chorreaban sangre... Fueron momentos de intenso calvario en que el joven reflejó en la mueca dolorosa de su rostro, los sufrimientos que experimentaba su ser.

No gritaba, no protestaba, sin embargo; pasaba en silencio por aquella humillación que hacía reír a Donald y a sus partidarios con grandes carcajadas burlonas.

Les interesaba la derrota y el sufrimiento de

su enemigo, y le insultaban con los epítetos más feroces de su vocabulario infernal.

Pero Yan, a pesar de su dolor, de las abiertas heridas de su cuerpo; de sus brazos ensangrentados por aquel suplicio, había sentido aún otra amargura mayor.

Era el desengaño que había experimentado poco antes ante la vacilante conducta de Annie. ¡Y él que había creído que Annie le amaba y sería capaz de sacrificarle hasta la vida! ¡Qué necedad! ¡Qué lejos estaba aquel amor!

Pero Annie había presenciado horrorizada el tormento inferido a Yan. Algo sintió en el corazón que le hacía rebelarse y protestar contra aquel acto contrario a toda ley. No dudó. Se abrió paso entre los soldados, atravesando aquella doble fila de espadas, para acercarse a Yan y mirarle con la dulzura de la piedad.

Pero el joven guerrero, que tenía ahora la belleza sangrienta de un dios herido, la miró de modo desdeñoso.

Yan había pasado ya aquel puente de aceros y apartándose de Annie que parecía pronta a interrogarle y a curarle sus heridas, le dijo:

—Yo pedí el amor de una mujer... no la piedad de una cobarde.

Y con aire retador aún, se alejó de aquellas gentes de Campbell, con el cuerpo herido por los aceros y el alma herida también.

Y Annie, humillada por la contestación quedó contemplándole con piedad, mientras Donaldo y sus hombres celebraban alegremente su obra.

Campbell, cuyo odio rayaba en la locura, se preparó a realizar su plan y en diciembre compareció ante la Corte de Inglaterra.

Le acompañaban su hijo, que sentía el mismo odio que el autor de sus días hacia las gentes montañosas de MacDonald, y sir Roberto, espíritu pacifista que se había mantenido siempre neutral en las contiendas entre los dos bandos y deseaba el restablecimiento de la paz.

El primer ministro del rey en cuyo despacho se hallaban, habló de este modo:

—Campbell, en nombre del rey le autorizo a castigar a todo jefe que no haya firmado la paz el primero de Enero.

Los Campbell sonrieron alegremente. No, no

\*

\*\*

se podía hablar de paz; deseaban el exterminio absoluto de sus adversarios.

Pero sir Roberto meneó la cabeza y dijo:

—El castigo sólo conduce a los hombres a la desesperación.

—Yo le aseguro que no quedará ninguno para desesperarse — contestó Donald con terrible sonrisa.

Sir Roberto le miró con melancolía.

¡Ah! ¿por qué no amaban todos como él la paz, ese fruto sagrado que los malos hombres se aprestaban a no dejar crecer en la tierra?

Terminó la entrevista y los Campbell con sir Roberto y Sandy, el escudero de este último, prepararon el viaje de retorno hacia sus posesiones.

Los Campbell estaban satisfechos: no creían lejos el instante de saciar su ferocidad contra los montañoses.

Sir Roberto, entristecido por aquella actitud belicosa de sus amigos, volvió a su castillo de Maxwellton, en compañía de su escudero.

En días sucesivos, Anny se mostraba impaciente. Hasta ella habían llegado los rumores de que se iba a firmar la paz, lo que deseaba

con toda su alma. La cesación de hostilidades significaría para Nita, que se hallaba con los MacDonald, la seguridad de que no estaba ya en tierra enemiga, desapareciendo, pues, todo peligro. Además, Annie no podía olvidar a Yan,



—*El sol secará la última gota de los MacDonald antes que aceptar esas condiciones.*

el joven guerrero que se había marchado de su lado, creyendo probablemente en una traición o indiferencia de ella. ¡Deseaba tanto volverle a ver!

Nerviosa por saber lo ocurrido, dijo a Sandy:

—¿Ha firmado ya MacDonald? ¿Está ya próxima la paz?

El escudero respondió, mirando fijamente a su señorita:

—Eso no hay que preguntarlo. Si hay en el mundo un testarudo más grande que un Campbell, es sólo un MacDonald.

Ese escudero aunque en apariencia neutral, como su amo, no podía ocultar sus simpatías por los montañeses.

Annie respondió, entristecida:

—Si MacDonald supiese la verdad, Sandy,... firmaría muy contento...

Sabía ella bien como los Campbell ocultaban a sus enemigos las condiciones generosas del rey. Y su temperamento equilibrado protestaba contra aquel ardid.

—¿Quién se lo va a decir? — contestó Sandy, encogiéndose de hombros—. ¡Seguramente no será un Campbell!

—¡Oh, qué idea!... ¡Y si yo...! Si, debo decirselo... Sandy, tú me has sido siempre fiel. Acompáñame... Iremos a ver a los MacDonald.

—Annie... Soy tu servidor y puedes mandar en mí.

—Prepara el carro... Nos iremos hoy mismo. Y pocas horas después, partían hacia el castillo de Glencoe.

\*

\*\*

En su fortaleza, Yan MacDonald, a la misma hora, había dicho a sus hombres, sediento de venganza contra sus enemigos:

—Esta noche visitaremos los corrales de Campbell y regalaremos su ganado a todos los MacDonald.

—Sí, sí; quitémosles sus ganados. Demostremos nuestra fuerza...

—Enseñaremos a las reses de ese maldito el camino de Glencoe — continuó Yan.

Y Yan al frente de sus bravos partió para invadir los corrales.

El asalto se vió coronado por el éxito; aquella noche los campos cercanos a su castillo se vieron invadidos por rebaños de ganado, que habían cambiado de dueño. Abiertos los corra-

les, las bestias podían creer un instante en una engañadora libertad.

Annie y Sandy en su carro se vieron rodeados por aquella nube de ganado. Durante unos momentos se asustaron creyendo que iban a perecer entre las bestias bravías y amenazadoras. Pero los montañeses impidieron que la manada causase daño.

Se hallaban junto al castillo y las bestias entraban ya en Glencoe...

Yan MacDonald, que había mandado la expedición, vió a la muchacha que penetraba en sus dominios, y al descubrirla sintió gran sorpresa y recuerdos dolorosos le atormentaron.

Ella bajó del carro y le miró con ojos implorantes.

—No he olvidado la hospitalidad que recibí en Maxwelton — dijo Yan con terrible sonrisa.

—Yan. Yo os quería decir...

Pero él no le escuchó. Arremangóse los brazos y mostró en su piel las cicatrices de aquellas heridas.

—Me alegro que las heridas hayan sido pro-

fundas — añadió—. Así me acordaré siempre del favor que les debo.

—Yan... merezco vuestro desprecio. Pero hoy he venido a justificarme...

—¡Traed de comer y beber! — dijo el joven a sus guerreros—. ¡Llamad a los gaiteros! ¡Tenemos gente de calidad que festejar!...

Y lanzando grandes carcajadas miraba a Annie que en vano buscaba una oportunidad para justificar su anterior conducta.

—Ya que has venido a este castillo, te brindo hospitalidad — dijo Yan—. Mi casa está abierta hasta a mis enemigos.

—No soy enemiga, Yan. Pero acepto tu invitación. Quisiera que me conocieras de veras, y ya no me mirarías con odio.

—No me convencerás... Es inútil...

Algunos amigos de Yan se hallaban también en el comedor, y Annie se sentía turbada entre toda aquella gente que la miraba de modo sarcástico.

Yan se había sentado frente a ella y efectuaba constantes libaciones, como si quisiera aturdirse con el frescor delicioso de los vinos...

Reía mucho, mostrando por momentos la agresividad que produce la embriaguez.

Comía de modo rudo, contrastando su actitud con la delicada dulzura de la mujer. Partió con su cuchillo de monte un pollo y con la punta de su acero presentó a la muchacha un buen pedazo del sabroso animal.

—Anda, come... Las largas jornadas producen apetito y tú has viajado hoy mucho.

Y rió dejándose luego caer en su sillón.

Pero ella apenas quería comer; algo le anudaba la garganta; el deseo de hablar, de sincerarse ante el hombre que la trataba con tal dureza.

—¡Yan MacDonald! — le dijo—. No importa lo que pienses de mí... Puedes aborrecerme pero es preciso que me escuches...

—¿Crees que podrás engañarme? Estás equivocada. Una vez lograste cautivarme; ahora no...

—Debes oirme, Yan. Tengo algo muy importante que confesarte.

—¡Mentira, todo mentira! ¿Me supones tan necio, Annie, para quemarme dos veces en el mismo fuego?

Su excitación crecía. Seguía bebiendo entre las risotadas de los demás comensales.

—Está enfurecido — dijo ella, tristemente—. Pero vosotros tendréis que oirme porque os va en ello la vida...

Estas palabras hicieron enmudecer a todos los presentes. ¿Qué decía aquella mujer? ¿La vida en peligro? Vamos, ¿se había vuelto loca?



—Anda, come.

—Habla — dijo al fin—. Veremos con qué nuevo embuste sales.

—Yan MacDonald, ciego testarudo, el amor que por ti siento me ha traído aquí, para avisarte del peligro que corres...

—¿Qué quieres decir? ¿Un peligro?

—Si no firmáis el pacto de paz, seréis destruidos por mandato del rey...

Sus palabras resonaban severas en la sala; ya nadie reía. Pensaban que aquella mujer era portadora de interesantes nuevas.

—Escuchadme, amigos — siguió diciendo Annie—. El viejo Campbell os ha engañado. El rey está dispuesto a devolveros vuestras propiedades si firmáis el pacto...

—¿Es posible esto? ¿No te engañas? — preguntó Yan, asombrado por aquellas palabras inesperadas.

—Confíad en mí... Yo os digo la verdad... El rey aceptará vuestra paz si se la pedís antes del primero de enero...

Yan y los demás caballeros creyeron lo que ella les decía. No, una mujer que hablaba con aquella noble sinceridad no podía traicionarles. Además, era tan verosímil todo aquello, cono-

ciendo la idiosincracia de los Campbell.

—A prepararse para marchar inmediatamente — dijo Yan—. Es preciso llegar cuanto antes para firmar el tratado de paz.

Habían terminado la cena.

Yan se dirigió a Annie y conmovido, emocionado por el gesto de ella, le dijo:

—¿Has arriesgado tu vida por mí?

Ella sonrió, inclinando la cabeza graciosamente.

Apareció Nita mirando con sorpresa a su prima Annie. ¿Cómo, ella en el castillo?

Las dos mujeres se abrazaron, y Yan dijo a Nita:

—Cuida bien de tu prima. Acaba de hacernos un favor que nunca podremos pagar...

Luego, preparóse para salir con sus soldados. Despidióse de sus familiares y de Annie.

Nevaba copiosamente y rugía el viento:

—A pesar de la tormenta, Dios nos permitirá llegar a tiempo para firmar — dijo MacDonald.

Y marchó con sus guerreros. Y Annie quedó en aquella casa, después de saludar a los MacDonald que no sabían cómo agradecerle su generoso proceder.

Las dos amigas hablaron luego con el placer íntimo de las confidencias.

—Quédate por mí, Annie. Pronto te voy a necesitar.

Annie miró con dulzura a la mujer que en breve iba a ser madre...

Sí, se quedaría. Con ese pretexto permanecería al lado de aquella a quien tanto adoraba. Además tenía al fiel Sandy.

—Estaré contigo. ¡Querría desagraviaros a todos! ¡Me porté tan mal con Yan!

—¡Pobre Yan! Le disgustáste tanto con tu conducta. Pero ahora he visto en sus ojos que vuelve a quererte.

Y siguió la conversación, mientras afuera tronaba la tempestad.

\*

Con gran retraso, a causa del temporal que tuvieron que soportar en el camino, llegó Yan MacDonald con sus hombres a uno de los puestos de las tropas del rey de Inglaterra.

Entregó al llegar allí, un documento, concebido en estos términos:

*En beneficio de los MacDonald, acepto por este medio la paz que nos ofrece el Rey.*

*Enero 6.*

*MacDonald*

Despidióse respetuosamente del oficial, que se había hecho cargo de aquel mensaje dirigido al rey, y con sus tropas emprendió de nuevo la marcha hacia su castillo.

El retraso con que había llegado no le preocupaba, por ser debido a la tempestad, causa de fuerza mayor. El rey aceptaría de buen grado aquella esperada paz.

Como si le hubiese ido siguiendo los pasos, Donald Campbell se encontraba en aquel cuartel.

Cuando se enteró del documento de paz, se echó a reír y dijo al oficial que lo había recibido:



*Annie miró con dulzura a la mujer que en breve iba a ser madre.*

—Está fuera de tiempo. Esa petición ya no tiene valor.

—¡Oh, yo creo que sí! — dijo el oficial—. El rey no insistirá en castigar a los MacDonald, teniendo en cuenta la tempestad que retrasó la llegada del documento.

—El Real Decreto no menciona nada relativo a las tormentas y Campbell cumplirá al pie de la letra las órdenes del rey — contestó Donald, que deseaba aniquilar por entero a sus contrarios.

Después se despidió del oficial para regresar a su castillo y meditar el mejor medio de vencer a aquella gente odiada.

Los MacDonald, en su castillo, gozaban ya de la paz que creían segura... Además esperaban impacientes un acontecimiento; el que Nita diera a luz.

Cierta mañana una compañía de soldados mandada por Donald Campbell llegó al castillo de Glencoe.

Donald dirigiéndose a los MacDonald que habían salido sorprendidos ante aquella inesperada visita, les dijo:

—Ahora que la paz está convenida ¿puedo pedir ayuda para mis hombres que tan larga jornada tienen que hacer?

Los MacDonald no eran rencorosos. Así es que el jefe adelantándose hacia el que había hablado, le dijo:

—En prueba de amistad os ofrezco mi mano y mi casa, Donald Campbell.

Y de acuerdo con este ofrecimiento, los Campbell se instalaron en la fortaleza de Glencoe...

Pero los Campbell pensaban realizar un plan siniestro de traición e ingratitud.

Tres soldados se hallaban en una de las habitaciones del castillo consultando un plano.

—Lo primero que tenemos que hacer es destruir el puente para que no puedan recibir socorros de afuera — decía uno de ellos.

Entró entonces Sandy y los soldados pusieron una manta sobre la mesa para tapar los planos.

—MacDonald manda lo mejor de sus vinos para celebrar la paz — dijo el escudero, dejando sobre la mesa varias botellas y copas.

Sandy escancié vino y al hacerlo manchó la manta.

La levantó para apartarla de allí, y descubrió horrorizado unos planos del castillo.

—¡Miserables! — rugió — ¡Traidores!

Quiso cogerlos, pero los soldados se echaron sobre él y lo maniataron.

Entró entonces Donald Campbell, quien, después de enterarse de lo ocurrido, dijo:

—Estén listos para atacar al oír el primer disparo. ¡Que no salga nadie de Glencoe!...

—Donald Campbell ¡Dios te castigará por el gran crimen que vas a cometer! ¿Así traicionas la hospitalidad que te han dado? — le echó en cara Sandy.

Donald no le respondió, ordenando que le tuviesen encerrado... Luego salió para dar nuevas instrucciones a su gente.

En el comedor se hallaban los MacDonal, esperando el ansiado acontecimiento: Nita estaba a punto de dar a luz.

Pero Yan, impaciente, dijo de pronto:

—Padre, creo que hemos hecho mal, dando alojamiento a los Campbell en el castillo...

Parecía tener un extraño presentimiento.

—Nunca se hace mal dándole hospitalidad a un amigo — dijo su padre.

Y luego variando de conversación brindó el viejo, entusiasmado:

—¡Bebamos a la salud del nuevo hijo de la familia y roguemos por que nos traiga la paz!

Mientras tanto, en el cuarto de Nita se hallaban varias mujeres. La maternidad había realizado su augusto fin. Annie sostenía en sus brazos un precioso bebé... Se acercó para mostrárselo a Nita...

Pero Nita no contestó a las cariñosas llamadas de su prima. Parecía dormida. Annie insistió varias veces y loca de terror se convenció de que había muerto, y fugaz como el rayo pasó por su mente la maldición paterna...

Desesperada dejó al niño y corrió a comunicar la noticia a los MacDonal. ¡Trágico fin de un acontecimiento que debía ser venturoso!

Penetró llorosa en el comedor al mismo tiempo que lo hacía Donald, quien se sorprendió al ver allí a Annie.

—¡Anita... ha muerto!

Estas palabras causaron una sensación indescriptible.

Donald quedó inmóvil ante la inesperada muerte de su hermana mientras el viejo Donald y el marido de Nita corrían hacia las habitaciones superiores.

Anny, llorosa, se abrazó a Yan. Y ante este abrazo, Donaldó frunció el ceño, sintiendo que los celos le devoraban.

Horas después, Annie se preparaba para regresar a su castillo.

—Tengo que irme, Yan — decía —, voy a darles la noticia de la muerte de Nita... Allá te espero.

Un coche mandado por un hombre que ella no conocía, esperaba ante la puerta. ¿Pero dónde estaba Sandy? Annie quería marcharse con su servidor.

Donaldó, que también despedía a Annie, le dijo:

—No espere por Sandy. Se queda conmigo.

Un poco contrariada la joven se metió en el coche.

Partió rápidamente. Yan la vió desaparecer,

lleno de amor por ella. ¡Cuán agradecido le estaba!

—¡Y pensar que llegué a odiar a este ángel — se dijo.

Y volvió a entrar en la casa para consolar a su hermano, enloquecido de dolor.

Y antes, al ver a Donaldo junto a él, le tendió la mano y le dijo:

—Donaldo Campbell, me avergüenzo de haberte odiado y haber desconfiado de ti. Ahora todos somos hermanos en la paz y en el dolor...

—Sí, hermanos... — dijo Donaldo con cierta ironía.

Y se alejó de allí rápidamente.

Momentos después, comenzaba la traición.

Donaldo penetró en el castillo. A su encuentro, ajeno a lo que se tramaba, salió el viejo MacDonald. Pero el traidor le disparó un tiro a quemarropa, matándole, y aquello fué la señal para que los hombres de Campbell se lanzaran furiosos contra los indefensos pobladores del castillo.

Desorientados, asombrados ante la infame traición, los hombres de MacDonald se encerraron en el comedor, disponiéndose a una defensa desesperada.

El hermano de Yan, que había presenciado el asesinato de su padre, dijo a Yan:

—Nuestro padre ha sido asesinado por Donaldo Campbell.

—¡Oh, el malvado! ¡Traición, traición! ¡Encendened la señal! ¡Llamad a los nuestros!

El alboroto era terrible. Entre la enorme confusión de aquellos hombres dispuestos a morir, el hermano de Yan pudo escapar de la estancia dirigiéndose veloz y rehuyendo a los enemigos, hacia el fanal, que al ser encendido, anunciaba a las gentes lugareñas, la demanda de socorro.

Pero ¡maldición! al llegar al puente que se tendía sobre un abismo y en cuyo otro extremo estaba el fanal, dióse cuenta de que el paso había sido destruído poco antes.

Era preciso, era necesario llegar allí. Intentó cruzar el abismo, pero no lo logró y despeñóse desde enorme altura.



Poco después de salir del castillo, Annie escuchó un disparo.

Extrañada dijo al cochero:

—Creo haber oído un disparo.

Pero el cochero, que era un soldado de Campbell, respondió:

—Habrá sido una salva...

Pero los tiros continuaban; los disparos se hacían cada vez más intensos, y de pronto, ella comprendió. Los hombres de Campbell habían traicionado a los MacDonald.

Forcejeó para saltar del coche, pero el soldado se lo impedía...

El caballo, desbocado, comenzó a correr, y de súbito, debido a la lucha y a la torpeza

del soldado, el vehículo volcó, resultando el soldado herido.

Annie, ilesa afortunadamente, aprovechó aquel momento de confusión para coger el farol del coche y huir con él. Se había acordado



*Forcejeó para saltar del coche.*

del fanal de señales que era preciso encender para que acudieran en socorro del castillo.

En aquel momento acertó a pasar cerca del coche, un soldado del séquito de Campbell que iba a reunirse con éste, portador de un mensaje. Al ver al compañero herido apeóse del

caballo y se aprestó a socorrerle; pero aquél, viendo a Annie, la señaló a su compañero para que la detuviese; y entre éste y ella se desarrolló una desesperada persecución por empinada cuesta hacia el picacho donde se erguía el fanal de socorro.

Al llegar a él tras innumerables dificultades, el soldado la apresó entre sus férreos brazos, pero gracias a un milagroso esfuerzo logró Annie arrojar el farol encendido sobre el hogar del fanal donde había además de leña seca materias líquidas combustibles. Y después de tan sobrehumano padecer la valerosa muchacha desplomóse en tierra, y el soldado, apartándola de un puntapié, dirigióse velozmente hacia el castillo, viéndose obligado, a causa de haber sido suprimido el puente, a hacer un gran rodeo por el camino natural.

Los montañeses avisados del peligro gracias al fanal, acudieron armados al castillo en socorro de sus hermanos, en tanto que éstos, viéndose obligados, por haber sido derribada la puerta tras la cual se parapetaban, a luchar cuerpo a cuerpo, morían en crecido número pero mataban en mayor cantidad, centuplica-

das sus fuerzas por la ignominia cometida.

Yan se encargó con la fiereza de un león y a riesgo de su vida, de dar su merecido a Donald, y después de hundirle su cuchillo en el corazón lo levantó viló en el pasillo de las tro-



*...lo levantó en vilo y lo arrojó al patio.*

neras y lo arrojó al patio como una bestia inmundada.

Y cuando llegaron los socorros, la soldadesca de Campbell fué reducida a la impotencia.

El rey, noble y justiciero, restituyó a la casa MacDonald todas sus propiedades, reconociéndole además beligerancia y Yan aceptó la paz por la felicidad de Escocia.

Y algún tiempo después, atenuado el recuerdo de la tragedia, casó con Annie para vivir en imperecedera felicidad.

Sandy los despidió al emprender su viaje de bodas y les dijo, malicioso:

—Para los hombres indómitos y bravos es el amor de las mujeres.

FIN

ACABA DE PONERSE A LA VENTA  
en las selectas

EDICIONES ESPECIALES  
LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

la bellísima novela

# DOS AMANTES

principales intérpretes:

Vilma Banky y Ronald Colman

MAGNIFICA PRESENTACIÓN



NO DEJE DE ADQUIRIRLA

EXCLUSIVA  
DE VENTA

Sociedad General  
Española de Librería

Barbará, 16  
BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1  
MADRID